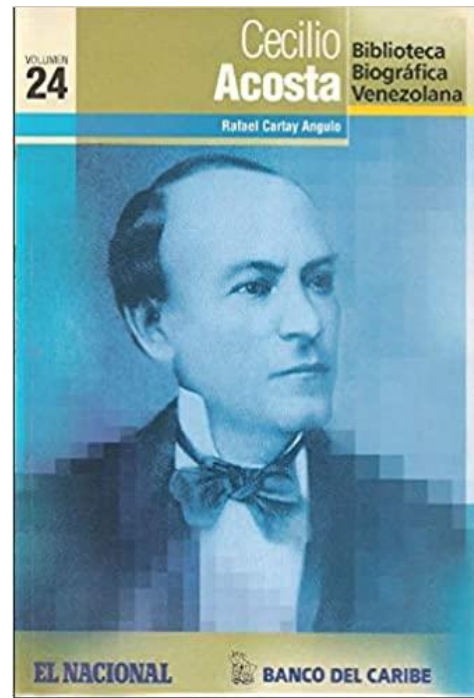


## CECILIO ACOSTA y la virtud ciudadana

Por: Gregory Zambrano

**Cecilio Acosta.** El hombre, el juriconsulto, el maestro, el filólogo, aprendiz de santo y devoto del amor filial. Todas las facetas caben en un tiempo venezolano signado por la incertidumbre, por la pugna y el pesimismo. En su recuento biográfico<sup>1</sup>, Rafael Cartay nos presenta entrelazadas cada una de ellas para ofrecernos la dimensión del hombre excepcional que en muchos aspectos se adelantó a su época. Su historia personal está salpicada de esa misma historia "que ha cubierto casi todo nuestro siglo XIX, tan de guerra, caudillos y pobreza". El trabajo de Cartay nos ilustra con detalles de la inquietud intelectual de Acosta, formado en una coyuntura dinámica de ideas, leyes, prácticas sociales y saberes.



Muy temprano se hizo sólida su condición de educador, quizás en ello influyó Mariano Fernández Fortique, quien además de educador era también un reconocido orador y escritor. Esa misma vocación se refuerza cuando en 1831 ingresó al Seminario Tridentino de Santa Rosa, donde su disciplina de estudio fue al lado de su vocación religiosa hasta 1840, año en el cual pasó a la Universidad de Caracas para cursar Filosofía y Derecho.

La estirpe intelectual de Cecilio Acosta se corresponde con otros importantes pensadores y escritores de su época: Juan Vicente González, Fermín Toro y Rafael María Baralt, todos ellos herederos de una crisis no sólo política sino espiritual. Son ellos quienes inauguran intelectualmente la República. Pero son también estudiosos y apasionados por el conocimiento.

Iban de los clásicos al dominio de la lengua latina y así al contacto con otras tradiciones culturales que fueron decisivas en el desarrollo de sus saberes, aplicados a disciplinas que entonces echaban las bases del "progreso" material del país: la industria, la electricidad, la imprenta, el vapor, el telégrafo, junto a otros elementos, que debían constituirse en claves para el desarrollo espiritual: los trabajos de síntesis histórica, el conocimiento del idioma, el discernimiento jurídico, el problema de la propiedad y el fenómeno de la inmigración, entre otros. Así por ejemplo, ante la posibilidad de que Acosta –como pasó con otros intelectuales– asumiera un papel pasivo y conservador con respecto a la dinámica cambiante de la lengua, se abre a la consideración y hasta el elogio del enriquecimiento que había significado para el idioma incorporar el nuevo léxico de la ciencia y de la técnica del momento.

En tal sentido, podemos apreciar cómo en muchos de sus escritos se iba intercalando la meditación sobre la idea de progreso y su impacto en lo que luego dio forma a la impronta positivista de civilización. Por supuesto, mediando entre todos estos factores, se encontraba la prédica ideológica sobre las necesidades de afianzar los procesos de instrucción que requería Venezuela para que fueran realidad esos necesarios avances. Quizás sea poco decir que su pensamiento cabalga sobre dos grandes núcleos que habrían de distinguir toda su obra posterior. Por un lado un profundo humanismo, y por el otro su abierto apego al liberalismo. En una carta a Rufino José Cuervo, en 1878, escribió:

*Y no me venga nadie a echarme en cara mis ideas: yo siempre he defendido las más liberales en política, en administración, en instrucción, en imprenta, en industria, y estoy delantero como el que más; eso sí, sin separarme de la filosofía, de las prácticas racionales ni del derecho. Lo que quiero es, que haya progreso sin saltos, y vida social sin dolencias; que no hagamos el de necios por el papel de novadores; que no seamos vergüenza propia y escándalo ajeno, y que el sucio vicio y la vil abyección sean reemplazados por el alto carácter y la gentil libertad.<sup>2</sup>*

La obra de Cecilio Acosta se conformó, de manera diversa, como uno de los modelos más visibles y ejemplares de su época. Por ello la historia no ha desestimado el ascendiente moral que su vida y su obra ejercieron sobre las generaciones que le siguieron.

Por ello, no basta sino mencionar algunos nombres de contemporáneos suyos que le distinguieron con su amistad y reconocimiento, como Lisandro Alvarado, o Gonzalo Picón Febres, o el significativo homenaje de José Martí quien tanto sembró en su breve paso por Caracas en 1881 y que reconoció en Acosta a una inteligencia, un ánimo y una visión excepcional:

*Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de su destino, y no atada como reo antiguo a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, de hacer entrar en ella savia nueva.*<sup>3</sup>

Su existencia se caracterizó por la carencia material, y el sesgo amenazante de la política que parece devorar a su paso todo aquello que no se dejaba arrastrar en su vorágine. Allí Acosta también es paradigmático. Pobre de bienes materiales, pero con la dignidad y el decoro que ha hecho a muchos estudiosos compararlo con un santo. Pero también demasiado humano como para no dejar ver que su existencia haya sido en tanto pensador y servidor público, académico y hombre de leyes, más que el testimonio de un ser sufriente, entregado a su tiempo y con la certeza de estarle haciendo guiños al futuro. De allí su trascendencia. Aunque quizás de él también –como de muchos otros hombres que ayudaron a conformar la nación- solo se recuperen junto a unas cuantas ideas, algunas anécdotas y así su existencia plena y luminosa se reduzca al estatuto de una leyenda, porque sus obras todavía esperan lectores capaces de distinguir en aquel pensamiento no sólo la asunción definitiva de su tiempo, sino una constante lección para el presente.

Rafael Cartay reconstruye con estilo narrativo las trazas de la vida de Acosta. Los detalles acerca de su vida dejan ver un espacio único entre la asunción del deber cívico y el nuevo orden político que emergió con el gobierno de Antonio Guzmán Blanco desde 1870. La preeminencia megalómana de Guzmán Blanco era contrarrestada por el aparente silencio discreto de Acosta, quien asumió como responsabilidad civil reordenar la opinión pública de los ciudadanos, despertarlos de ese letargo que formaba parte de la herencia colonial. Y allí radica su papel como polemista.

Eran aquellos tiempos de enconados debates, de dardos lanzados con veneno desde las páginas de los periódicos. Era habitual en el ejercicio de la política el lucimiento de la elocuencia como prenda personal, afianzada en la diatriba, que se tornaba la más peraltada consigna de la oratoria en esa Caracas tristísima, como en su momento la describió Humboldt, y que también se mostraba retratada en las primeras contribuciones de Acosta en *La época*, *El Centinela de mi Patria* y *El Federal*, periódicos que acogen sus primeros escritos públicos, desde 1864. Acosta era, junto a todos esos paradigmas de representación social, un gran lector, con todo el prestigio que eso representaba en el siglo XIX y que significaba de manera plena una condición de ciudadanía.

Historia y sociología se suman para explicar los fenómenos políticos más allá de su inmediatez. Busca la fuente directa pero también interviene, no para insuflar los ánimos ya bastante ríspidos entonces sino para disuadir, para conciliar. La naturaleza doctrinaria de su formación era el sustento de sus

principios políticos, su forma de asumirse en el mundo y en relación con los otros. De allí su modestia vital, casi ascética, que llenaba de dignidad la pobreza que acompañó sus últimos días.

Era esa la praxis de su doctrina, la aprendida en el consejo del padre Fernández Fortique, su mentor en el breve tránsito seminarista. Acosta descrea de las rupturas violentas que tan bien se encargaban de justificar los auspiciantes de las revueltas, también entonces, llamadas revoluciones. Acosta cree más en el poder de la razón, de las instituciones, por ello su ideario es conciliador, pacifista, que sobrepone las ideas a la fuerza.

Lamentablemente su optimismo cada vez terminaba en desencanto. Era lógico esperar que la nueva opción gubernamental enriqueciera los cauces del orden, de la paz y la justicia social; pero ese optimismo se desvaneció, y su reserva de pensador prudente lo fue convirtiendo en un estoico, decepcionado y tanto más cuando debió sufrir la derrota de su ideario frente al portento de la violencia institucionalizada.

Acosta creía que lo importante era convencer con la razón y superar el sofisma que llevaba al colectivo a seguir las palabras mágicas de una verdad política que había causado al país demasiado dolor, demasiada muerte. Con el don de gentes que sus contemporáneos le reconocen, que era como decir de civilidad, fue atacado por Antonio Leocadio Guzmán, quien le llamó «Cirineo de Bolet Peraza», y además «oligarca empedernido». Qué ironía, llamar oligarca al modesto de don Cecilio. Al parecer esta afrenta lo sacó por fin de su franciscana tolerancia, y como testimonio de su irritación escribió –o dictó a su secretario Víctor Antonio Zerpa, como dicen unos- su texto narrativo “Los espectros que son y un espectro que ya va a ser” (1877), que está lleno de humor, de ironía y es también por toda su carga correctiva una magnífica sátira.

Su acción, discreta, pacífica, era también una forma de ejercer políticamente su doctrina liberal. Es curioso ver, por ejemplo, el ejercicio de extrañamiento, de enmascaramiento que como recurso literario emplea en su enigmático texto “Los espectros que son y un espectro que ya va a ser”. Allí dice el narrador, atribuyéndole a otro el discurrir: “Cecilio Acosta ha sostenido siempre las doctrinas liberales, quiere gobierno de leyes, el ejercicio de todas las libertades, paga lo que debe, no engaña, no calumnia, no persigue, ha sido buen hijo, es buen hermano, buen ciudadano, buen amigo, y sólo enemigo de las tiranías y por todo, universalmente querido y respetado en Venezuela, en el resto de América y en Europa, en donde, como en nuestro continente, tiene las más altas distinciones”.

Don Gonzalo Picón Febres, tenido como un áspero crítico de nuestras letras, defiende a Acosta de la superficial categorización que le endilga José María de Rojas en su también importante *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos* (1875):

Para el señor marqués de Rojas [...] Cecilio Acosta es simplemente un "distinguido filólogo, enamorado del culto a los clásicos". Decir esto (y tan mal dicho, porque los dos términos de la cláusula no tienen ninguna afinidad) respecto de un hombre de la altura intelectual de Cecilio Acosta, orador, filósofo, poeta, jurisconsulto y crítico, todo en grado eminentísimo, equivale a decir una frivolidad incomparable, y primero que nada es una falta desatentada de justicia, completamente imperdonable en un historiador que aspira a que se le considere sensato, sincero e ilustrado<sup>4</sup>.

Los breves capítulos de esta biografía se adaptan a su estilo diáfano, el fin es didáctico y ejemplarizante. Rafael Cartay capta los detalles más importantes de la vida de Acosta. Una abundante documentación aparece decantada y el recuento histórico sirve de complemento para situar la figura del pensador de manera equilibrada. Cada capítulo corresponde a una faceta resumida con rigor documental y tino poético, haciendo la lectura grata e intensa. El biógrafo logra transmitir en medio de las vicisitudes un sentido esperanzador, vale decir, optimista.

En el desconcierto de aquellos tiempos de Acosta, el optimismo tuvo su precio, que el escritor pagó con creces, con privaciones que fueron en realidad sobrevivencia. Por ello, ya al final de su vida, el hombre a quien encontró José Martí le faltaban los días pero le sobraban las virtudes, la sabiduría, la dignidad, el decoro. Su vida era el ejemplo que se excluía del centro agitado de la acción pública y se sumía en el borde o en la periferia para desde allí resignificar su vida, su pensamiento, su obra, el legado que hoy lo libera de sus circunstancias más penosas y lo erige en ejemplo de ciudadano, de pensador, de venezolano.

Mérida, 2006.

Notas:

1. Rafael Cartay, *Cecilio Acosta*, Caracas, El Nacional-Banco del Caribe, 2005, 108 págs. (Biblioteca Biográfica Venezolana, 24).
2. Cecilio Acosta, "Carta a don R. J. Cuervo", Caracas, 15 de febrero de 1878, *Obras Completas*, Caracas, Empresa El Cojo, 1908-1909, Vol. III, p. 17.
3. José Martí, "Cecilio Acosta", en sus *Obras escogidas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, t. 1, p. 186.
4. Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 1972, p. 61.